

es el ritmo alterno. Estamos ahora en lo romántico, en un período hiperestesiado de lo romántico, estamos en el caos; la poesía es una vacilación entre el sentido y el sonido; tratemos de comprender hasta en su última penumbra el lenguaje difícil del poeta de hoy.

En los cortos años que median del «Crepusculario» a hoy día, Pablo Neruda mismo ha recorrido una larguísima trayectoria. Si comparamos con las últimas composiciones publicadas el «Crepusculario», que en sus tiempos pareció escrito en lenguaje difícil y en técnica arbitraria, hallaremos en él melodía, estrofa, rima, los elementos sensuales, discretos es cierto, que halagan el oído. Yo he citado, al comenzar, los primeros versos del volumen; estoy cierto de que a los oídos de Pablo Neruda aquellos versos sonarán a pegajosa tonada de organillo; el poeta es así: deja a los demás la ofrenda de la belleza que ha creado, y él parte descontento en busca de una distinta belleza.

Pablo Neruda espiritualiza cada vez más el verso; la fuerte sensualidad de su emoción hace más tensa la frase. He ahí el dualismo que en él se acentúa: sensualidad y espiritualización.

Y ahora, poeta que nos traes el don de ritmos y metáforas, desata las telas de oriente de ese cargamento, y regálanos esas frases que ya no se sabe si son música, si son líneas, si son color o si son palabras y que son, como una síntesis, poesía.—ALFONSO BULNES.

DAVID HERBERT LAWRENCE, NOVELISTA DE TESIS

UN caso verdaderamente extraordinario en la literatura contemporánea es el del novelista inglés D. H. Lawrence.

Los grandes problemas de la vida parecen estar, desde el comienzo de este siglo, ausentes casi por completo del campo literario. La literatura occidental se ha transformado en un juego de decadencia, en la expresión hiperestésica de un individualismo feroz. El escritor se aferra con una desesperación inteligente y angustiada a lo único que conserva aún algún sentido: las formas más íntimas del alma y su más secreto contenido, cuando no hace más que vanos juegos de palabras o de ideas, o pasea por la tierra empequeñecida y familiar unos ojos cansados y anémicos, y la mira a través de un monóculo elegante y sutil. Hay en casi todos ellos y en los mejores de entre ellos—Gide, Proust, Joyce, Mann—mucho arte y mucha inteligencia.

Demasiado arte, tal vez, y demasiada inteligencia, sin duda. Son, en la medida que una obra humana puede serlo en relación con su tiempo, perfectos. Pero son demasiado refinados, calzan demasiado bien con los inanimados problemas que agitan este mundo en decadencia y los satisfacen con excesiva precisión para que no hagan nacer la sospecha en más de algún espíritu de que hay otros problemas más sencillos y de más vital urgencia, que ellos no satisfacen.

Quitemos a los mejores escritores de nuestro tiempo el escenario social y la época precisa en que sus obras se desarrollan, y convendremos en que desaparecen casi por completo: están basadas, no en lo eternamente humano, sino en lo accidental, en el marco definido que señalan la época y las circunstancias de la civilización. Los personajes de Proust o de Joyce, fuera de nuestro ambiente de principios de siglo, parecerían fantasmas desorbitados, antes absurdos.

Como intérpretes de parte de los problemas del presente, los escritores de ante y de post-guerra son fieles e irremplazables. Por algo han escrito lo que han escrito: han reanimado superiormente muchos aspectos de una realidad que aún existe. Pero hay otros aspectos de esta realidad, tanto o más verídicos porque más vinculados a su íntima vida, que no han rozado siquiera. Son los que encontramos animando, en gran parte, las producciones de la literatura rusa post-revolucionaria, son los que encontramos más o menos mediocrementemente explotados por unos pocos escritores europeos modernos, son los que sustentan la obra atrevida y valiosísima de D. H. Lawrence.

Porque Lawrence encarna una posición enteramente nueva, porque adopta un noble tono profético, desterrado por el escepticismo irónico que comunica elegancia a la literatura al uso, he dicho que es un caso verdaderamente extraordinario en las letras contemporáneas.

Desde 1913, año en que publicó, con gran escándalo de la pulcra Inglaterra, su novela «Hijos y Amantes», hasta 1929, en que apareció, con mayor escándalo aun, «El amante de Lady Chatterley», y hasta su muerte, a principios de 1930, D. H. Lawrence ha seguido en la expresión de su tesis una línea ascendente impecable. Comenzó como un novelista de talento, ligado a la escuela naturalista por la relativa crudeza de sus descripciones, con una novela excelente, y siguió escribiendo otras, igualmente buenas, en que deslizaba, so pretexto de un simbolismo atrevido que sólo su positivo talento sustrae de la vulgaridad o del simple ridículo, algunas de las ideas y de las meditaciones que, encarnadas en su ser con la violencia y la since-

ridad de una nueva fe, movían su pluma. Temía tal vez el anatematismo con que el público inteligente estigmatiza las novelas de tesis, después de las pesadas tentativas de algunos escritores de la pasada generación. El hecho es que sólo en «La serpiente con plumas» aparece, transparente a través de los poemas y símbolos que enriquecen la obra con un lirismo fervoroso, la ideología que defiende y anima en su magnífica última producción «El amante de Lady Chatterley».

En todas sus novelas, en sus cuentos, en sus ensayos y en sus obras de teatro, vibra poderosa y subterránea, la idea que estructura su personalidad de escritor, la idea en torno a la cual giran, más o menos dependientes, todas sus cualidades literarias, la verdad que se reveló como un imperativo cordial y vehemente en su espíritu de autodidacta.

(Da que pensar el hecho de que Gorki, Istrati y Lawrence, los tres hombres que han hablado con acento de humanidad más intenso en las letras contemporáneas hayan sido autodidactas. Quizás sus almas, vinculadas a innumerables generaciones proletarias, ahitas de un ciego sentido del destino y de la vida, comprendieron la civilización y la cultura occidental con una inteligencia y un corazón más sanos y menos accesibles al contagio de la decadencia).

Sea como sea, y a pesar de sus defectos como novelista, Lawrence no sólo ha sabido conquistarse un puesto brillante en el conjunto de la literatura actual, sino que ha tenido la valentía de desentenderse de los prejuicios morales y de los prejuicios literarios en boga para predicar en sus obras una doctrina preñada de humanidad, de vida y de optimismo.

Lawrence, aparte de lo esencial de su obra, posee efectivas y considerables calidades de escritor. De la lectura de sus novelas queda una sensación de fuerza contenida y segura de sí misma, algo unilateral y maciza, pero impresionante. Es la fuerza que da el convencimiento íntimo de tener algo que decir imprescindiblemente, fatalmente, la identificación absoluta de un hombre con lo que piensa, porque lo que piensa es también lo que siente, vive y sufre. Inútilmente buscaremos en Wilde, en Gide, en Proust, en Th. Mann esa fuerza de la que decían los griegos que revela al hombre: «aner deixei andrá». En ellos está sólo la agudeza de la inteligencia, la penetración del análisis, cuando mucho, la suave sugerencia poética. También se encuentra poesía en Lawrence. Sus descripciones, frecuentemente pesadas y lentas, a la manera inglesa, tienen a veces excepciones felicísimas: cuando logra coger el alma del paisaje le comunica una vida poética innegable, sugestiva e intensa. La naturaleza, sobre

todo la más agreste, la más primitiva, encuentra en él una alma que la siente y la refleja en modo excelente. Algunos de los poemas de «La serpiente con plumas», y más de un pasaje de «El amante de Lady Chatterley» nos recuerdan que Lawrence fué, además de novelista y ensayista, un poeta del más depurado lirismo.

Pero la más valiosa tal vez de sus excelencias de novelista, ya que su técnica y su composición son las tradicionales, en su precisa y fina capacidad de observación objetiva y psicológica. Esto no significa que todos sus personajes sean psicológicamente perfectos, que destaquen con la completa y concienzuda filiación con que destacan de las novelas exclusivamente psicológicas. Están animados, en general, a grandes rasgos, a brochazos enérgicos, y viven una vida algo arbitraria. Pero todos, en cuanto no encarnan la idea lawrenciana, es decir, en cuanto son pura y simplemente hombres y mujeres que se agitan y viven, son verdaderos y coherentes.

Estas dotes de observación y de poesía hacen de Lawrence, además de un vigoroso animador de personajes, un magnífico novelista de ambientes. La expresión del ambiente exige condiciones literarias de tal índole que sólo un talento armonioso e intuitivo puede reunirlos. Son de esas condiciones que en vano trataría un crítico de reducir a fórmulas precisas, porque constituyen la esencia vital misma del escritor, el secreto y la huella de su potencia creadora y viviente, lo que hay en él de más individualmente profundo. El hecho es que existe en las novelas de Lawrence un ambiente lawrenciano, turbador, mágico, desconcertante, con una fuerza fascinadora primitiva que recuerda la sugestión antigua de la flauta de Pan, que suele descansar en una sana carcajada o en una moderna paradoja, pero que se desenvuelve siempre bajo la influencia de un lejano signo fatal. En Dostoiewsky, por ejemplo, el tono trágico del ambiente se desprende de los conflictos de la consciencia atormentada. El tono del ambiente lawrenciano se va desprendiendo de la derrota de la consciencia social vigilante por las fuerzas oscuras e imperiosas del instinto.

Dentro del moderno concepto de la novela podrían reprocharse a Lawrence su excesivo simbolismo, su técnica poco novedosa y las latitudes en que suele diluirse. Pero el valor humano de su doctrina y la excelencia de lo que constituye lo apreciable de su obra hacen olvidar sus deficiencias, y, aun más que eso, el hecho de que sus mismos defectos, para el gusto moderno, son una prueba de la sinceridad de este hombre que no sacrifica a

las pasajeras exigencias literarias de una época ni la integridad de su pensamiento ni la expresión natural de su ser.

«La serpiente con plumas» y «El amante de Lady Chatterley» son la máxima expresión de la ideología lawrenciana. En estas sus dos últimas novelas, sobre todo en la primera, se desligó casi por entero de todo molesto prejuicio literario y expresó la totalidad de su creencia. Don Ramón, Cipriano y Mellors son de esas creaciones en que un autor delega todas las ideas que lo obseden y lo alientan. Sus mujeres, salvo doña Teresa, la amante ideal de don Ramón, son siempre las mismas: seres que llevan su sexo sin saber por qué, hasta que el hombre lawrenciano les revela o les hace intuir vagamente su verdadera condición de mujeres. Porque la esencia de la tesis lawrenciana es de naturaleza sexual.

Por cierto que no han dejado de hacer los críticos acercamientos entre Lawrence y Freud. El mismo Lawrence planteó sus puntos de vista frente a Freud cuya obra no conocía al comenzar la suya—en dos ensayos.

Hay una diferencia esencial en los propósitos que sustentan y en los medios que utilizan Lawrence y Freud. Uno es un representante típico del individualismo civilizado e intelectualista: descubre un punto de vista interesante y novedoso para «explicar» la esencia de la vida consciente como una resultante de las potencias sombrías que se agitan en la íntima médula del ser. Es ingenioso e inhumano, porque destruye, por «conocer», el supremo refugio del instinto. El otro es el hombre de la masa que comprende de pronto, con violencia inusitada, el fárrago loco en que se agita una civilización alejada de la vida: encuentra en la adulteración de la sexualidad la clave de la irreductible miseria de esta humanidad que reniega sin saberlo de las fuentes de la vida por correr tras el brillo inconsistente de la inteligencia y de sus construcciones demoníacas. A uno guía el afán imponderado de ciencia. Al otro, un anhelo casi desesperado de humanidad y de felicidad. Uno pretende mejorar a los hombres enfermos de civilización, poniéndolos frente a la aguda y minuciosa realidad de sus miserias. El otro se martiriza por mostrarles en cuadros vivos la imagen de una dicha en la que quiere esperar.

Y, sin embargo, Lawrence no se opone absolutamente, con un fanatismo de primitivista que resultaría imposible en nuestro tiempo, a la labor que ha realizado el intelecto. Espera en un armonioso maridaje de la inteligencia y de la vida, en una vuelta del espíritu solitario ensimismado en sus caminos incompletos al instinto vitalizador: «Entonces el vivo resultado será

un nuevo germen, una nueva concepción de la vida que surgirá de esta fusión entre la antigua consciencia instintiva de la sangre y la consciencia intelectual y espiritual que hoy poseen los blancos. El aniquilamiento de estos dos seres va a crear un nuevo ser».

Esa agonía, esa suprema lucha entre el cuerpo y el espíritu es lo que está matando a la humanidad de nuestro tiempo. Y la palabra que él perora es una palabra de paz, de comprensión, de íntima fusión completadora. Así, dice en el prólogo de «El amante de Lady Chatterley»: «Sigo fiel a mi libro y a la posición que he adoptado: la vida es soportable sólo cuando cuerpo y espíritu están en armonía, cuando entre ellos se establece un natural equilibrio y cuando logran tener el uno para el otro un respeto mutuo». Y Mark Rampion, el mismo Lawrence, que Aldous Huxley anima genialmente en «Contrapunto», sólo pide una cosa a los hombres: ser hombres. «Ser hombre. Fíjense bien. Ni ángel, ni diablo. Un hombre es un ser que camina delicadamente, en equilibrio, sobre la cuerda floja, que tiene en un extremo del balancín el espíritu, la consciencia, el alma, y al otro, el cuerpo, el instinto y todo lo que es inconsciente, todo lo que pertenece a la tierra, todo lo misterioso. En equilibrio, sí. Y eso es endiabladamente difícil... El hombre que es hombre es más que un hombre».

Vemos que la gran mayoría de los hombres de nuestro tiempo no son «hombres». Unos, porque no se han planteado el problema de la verdadera humanidad, otros, porque no pueden resolverlo. Los primeros son muchedumbre. Entre ellos está la gran masa de la gente que sigue su grosero instinto sin pensarlo, que carece de la mínima consciencia para avalorar y justipreciar lo que tiene de divino y de diabólico, que es un instrumento ciego y un cómplice inconsciente del destino, y la masa mediana de los frívolos, de los que dan el tono de la vida del siglo, de los que toman el amor como un cocktail en un bar a la moda y bailan su vida como un baile moderno, con música de jazz. Los otros son la legión de seres que vive oprimida bajo el mecanismo formidable de la civilización. Son los que sienten que la vida no es la que viven, que ser hombres no es ser lo que son. Pero no pueden ser de otra manera. Tienen que sofocar el grito de su íntegra vitalidad coercionada, porque la sociedad en que vivimos los tiene ligados sutilmente por el hambre y los prejuicios. Bulle y hierve en el fondo de sus almas la más honda protesta contra un régimen humano que encontraron hecho y cuya sólida injusticia los lastima acuciosamente, porque la conocen en toda la extensión de su iniquidad. Incapaces de realizar sus vi-

das, las sueñan en el recóndito refugio de la consciencia, las decoran libremente con las fútiles excelencias de la imaginación, y se vuelven intelectualistas, soñadores o escépticos, cuando no dejan acumularse en ellos la áspera hiel de su fracaso.

Para todos escribe Lawrence: para «el bárbaro de alma baja y de espíritu impuro», para el frívolo a la moda y para aquel que la civilización ha tornado vitalmente impotente. Y sobre todo para el último estas magníficas palabras de rebelión y de consuelo: «¿Qué hacer con la vida, sino vivirla?» Busquemos la vida donde podamos encontrarla. Cuando la hayamos encontrado resolverá por sí misma todos los problemas. Buscad la vida, y la vida traerá el cambio que esperáis... La vida es como la semilla, no es buena sino cuando se la da... No alcéis sobre nada manos ávidas, pero estad prestos a resistir cuando se alce sobre vosotros una mano brutal. Porque los jóvenes brotes de la vida son tiernos, y más vale sufrir mil muertes que arriesgar el que esos jóvenes brotes sean arrancados o pisoteados por los brutos de este mundo. Todo lo que es vida es vulnerable. Sólo el metal es invulnerable. *Combatid por la frágil expansión de la vida, y en esa lucha, no cedáis jamás*».

Termina Lalou su excelente prefacio a «La serpiente con plumas» con estas justísimas palabras: «Si el siglo XX realiza su misión que es la humanización del hombre, D. H. Lawrence ocupará un sitio entre los más calurosos instigadores de esta cruzada, entre los primeros poetas que anunciaron esta nueva armonía: la unión leal del cuerpo y del espíritu».

Cruzado de la gran cruzada que recién se empieza por el rescate del verdadero sentido de la vida, y humanista de un nuevo y más completo renacimiento es D. H. Lawrence. Tiene del cruzado el ferviente misticismo y la violencia de la fe rejuvenecida, y del humanista el sentido eterno y contradictorio de las cosas, y al aliar sus cualidades a las adquisiciones del espíritu moderno, a la comprensión de los problemas e intereses que han transformado el contenido de la mentalidad occidental, su lengua adquiere un tinte de profecía y de anatema. Sus palabras vibran de desprecio y de cólera cuando habla a los hombres que se esclavizan al dinero y a la máquina, que quieren sofocar con el metal invulnerable la obra del destino: «El nervio de la humanidad ha muerto. Los autos, el cine, los aeroplanos, le chupan lo poco que le queda. Cada generación engendra una generación más bastarda: con tubos de caucho a guisa de intestinos, y con piernas y rostros de latón. Un pueblo de latón, que está matando tranquilamente la cosa humana para adorar a la cosa divina, que está haciendo picadillo del viejo Adán y de la vieja

Eva! Todo el mundo no tiene otra idea, en el fondo, que la de matar en el hombre el antiguo sentimiento humano. El amor no es más que una máquina de besar. El dinero, el dinero! Dadles dinero, dinero!: acabarán con toda la savia de la humanidad y no dejarán más que pequeñas máquinas trepidantes. Por Dios, no vivamos para el dinero!»

El mundo occidental, cansado del primer ensayo del intelectualismo medioeval, se sacude con el renacimiento del fardo ideológico estricto de la escolástica y vuelve a la que cree su fuente primitiva: la antigüedad greco-latina. Pero hay un renacentista que no se deja encerrar en un modo preciso y unilateral de reacción contra la Edad Media: es Rabelais. Rabelais fustiga y mina con su sana y sabrosa carcajada y su vocabulario violento, el marco de la sociedad de su época, y predica la vuelta a la eterna humanidad. Si hay para Lawrence una justa aproximación en la historia literaria es la de Rabelais. Como él, es, a cuatro siglos de distancia, el hombre que no ataca la vida de su tiempo en abstracto, sino en concreto, como él dignifica el cuerpo y las más modestas funciones fisiológicas, sin olvidar la «substanciosa médula» para el espíritu. Como él, ama el símbolo y la alegoría, expresión intuitiva e integral de la idea, y como él se atreve con las palabras desterradas por la hipocresía y el prejuicio. Ambos son realistas en la más pura acepción, sanos y sinceros. Pero lo que para uno se expresa en sátira, para otro, hombre de un siglo que ha aniquilado con la ironía la fuerza de la sátira, se expresa en creación de poesía, en visiones levemente proféticas, en símbolos depurados. Hay entre ellos diferencias de todo orden. Pero ambos adoptan una posición casi idéntica ante los problemas semejantes de su tiempo, y ambos han dejado un mismo mensaje: comprender de nuevo la vida, armonizando el espíritu y el cuerpo, para obtener una realización completa del hombre dentro de los marcos de su época.

«El lugar eminente que Lawrence concede en su obra al instinto sexual, dice Lalou, se justifica, porque gracias a él el hombre, lo infinitesimal, se relaciona con las fuerzas profundas de la naturaleza». Yo no creo que Lawrence haya partido conscientemente de la interesante concepción metafísica que Lalou le atribuye. Tal vez sea más prudente pensar que las circunstancias actuales de la sociedad han ido ejerciendo sobre la vida sexual una grande influencia inhibitoria, y que Lawrence—como Freud en distinto plano—no ha hecho otra cosa que encarnar, a fuer de escritor representativo de su tiempo, la crisis de esta inhibición como fenómeno social.

El problema de la vida sexual, subordinado a su intuición

general de la vida, se desenvuelve a través de la obra de Lawrence como un leit-motiv, como una melodía fascinadora e inevitable. Uno de sus personajes dice: «Soy un hombre que aspira a la realización sensual de su alma». Todo un programa. Hoy en día, unos aspiran a la realización espiritual de su alma, otros, inconscientemente, a la realización fisiológica de sus instintos, los más, a la realización de cualquier manera de cualquier cosa. Son pocos los que quieren tomar, como ese hombre lawrenciano, la doble consciencia de su verdadero ser, los que aceptan que «en materia sexual el espíritu está atrasado» y quieren colmar ese vacío.

El hombre que comprende su sexo, que lo vive lealmente y armoniosamente descubre el sentido de la vida, de *su* vida; porque Lawrence, el anti-intelectualista, el vitalista por excelencia, es también un individualista. Pero no defiende al individuo enteco y feble, fino y egoísta que cultivan los literatos de la decadencia, que tienen palabras en vez de sentimientos y que se admiran imponderadamente a sí mismos, sino a un individuo sencillamente humano, que quiere ser, no esto o lo otro, sino simplemente, pero verdaderamente, *ser*. Es un vago resplandor de esta tranquila plenitud de vida lo que atrae y fascina a las mujeres de Lawrence hacia los «hombres que son más que hombres», y es la angustia de su vida incompleta y unilateral y un anhelo informe de perfección lo que las impulsa fatalmente hacia sus seductores. Es la fascinación del verdadero sexo lo que las impulsa a recitar las poéticas palabras del ritual de la serpiente: «Con los pies desnudos sobre la tierra viva, a la bruna, entre la noche y el día, el hombre y la mujer se encuentran bajo la presencia de la eterna estrella para alcanzar la perfección el uno por el otro. . . . Este hombre es para mí la lluvia que viene del cielo. . . . Esta mujer es para mí la tierra bienhechora. . . . Cuando el hombre se ha unido a la mujer en su carne y en la estrella de la esperanza, y cuando la mujer se ha unido al hombre en su carne y en la estrella de su deseo, se abre para los dos un refugio en que son una sola estrella sin ocaso».

Con la mayor crudeza y con los más delicados símbolos quiere Lawrence mostrar en su obra la obra del amor perfecto, del sexo perfecto. No puede anularse, sin embargo, ese pequeño abismo que surge siempre entre los seres aun en la más completa unión el que señala el límite entre cada soledad individual. Pero cuando un hombre y una mujer han logrado la realización sensual de sus almas, es tan completa la generosidad, o el egoísmo, de su unión, que el abismo se borra en el instante del acto sexual, y que sus vidas se realizan juntas en un instante de plenitud inol-

vidable. Así habla Mellors a su amante Lady Chatterley: «Si tú estás en Escocia y yo en los Midlands, si no puedo tenerte entre mis brazos, conservo sin embargo, algo de ti: la paz que se gana haciendo el amor. . . . Qué miseria el ser como don Juan, incapaz de apaciguarse en el amor!»

D. H. Lawrence ha sentido el amor y la vida de nuestro tiempo con alma renovada y viril. Ha querido llegar hasta el fondo de la realidad contemporánea, y se ha apartado de ella con asco. Ha sentido la soledad del individuo, ha analizado con ojo agudo sus miserias, pero no ha tomado el instrumento como un fin, no se ha deleitado con mirarlo miserable, o simplemente con mirarlo, sino que ha encontrado y ha predicado una doctrina que lo dignifica y lo enaltece.

D. H. Lawrence fué un hombre fuerte que supo mostrar con honradez y con relieve un aspecto del complejo mundo en que vivió, y hacer de sus creencias un hermoso poema de verdad y de esperanza.—O S C A R V E R A L .

EL LAMENTABLE OFICIO DE LAS LETRAS

LA profesión de la literatura es, probablemente, la más absurda de cuantas se ofrecen al género humano. Preténdese, al mismo tiempo, revestirla de una importancia que constituye, en realidad, uno de sus aspectos humorísticos salientes. Los libros, el arte de la imprenta, han tenido una influencia incalculable en la historia humana; una influencia que ha tenido, por lo demás, tanto de bueno como de malo, ciertamente, pero los absurdos que se dice del ejercicio y el alcance de las letras, concluyeron ha mucho tiempo con sus más elevados aspectos.

Por ejemplo, la labor misma del escritor de libros es, acaso, la tarea más monótona y opaca entre todas las imaginables. Carece por completo de cualquiera clase de compensaciones. Su actividad sin término va encaminada en casi todos los casos al fracaso. Cada detalle relacionado con ella es fatigante, estúpido y de ardua realización. Es un mito hablar de una sentencia fácil, buena, espontánea, y un párrafo completo cuesta, naturalmente, mucho más; en cuanto a escribir un buen libro, la cosa es sencillamente imposible. La parte práctica del escribir es tan monótona, que una vida entera gastada en ello resulta infinitamente menos variada que la de recoger mariscos de las playas.

Escribir libros es, en realidad, una absurda tarea, una manera